

a dama ni sus compañeros regresaban;» pero cinco días después, al despuntar la aurora, volvía la condesa y, engañando á los sitiadores con un falso ataque, entró de nuevo en la ciudad. Y los señores decían «que era el diablo quien la inspiraba.»

Los sitiadores comenzaban, sin embargo, á desesperar, en vista de lo cual Juana dejó que algunos partidarios negociaran una capitulación; pero mientras estas negociaciones se seguían, ella miraba, «presa de gran angustia,» desde las altas torres del castillo, si aparecía por la sinuosa línea del Blavet alguna vela inglesa. Un



Sello de Juana de Montfort

día «sucedió que la condesa se había levantado muy temprano y había subido á lo más alto de una torre del castillo, desde donde, por una pequeña ventana, contemplaba el mar; de pronto vió aparecer gran número de velas y de naves: era la flota inglesa que llegaba. Entonces comenzó á gritar con grandes muestras de júbilo, exclamando con entusiasmo: «¡Dios bondadoso! Veo llegar el socorro que durante tanto tiempo he esperado.» Amauri de Clisson, que se había visto detenido por una tempestad y por toda clase de tribulaciones, traía trescientos hombres de armas y dos mil arqueros ingleses. A fines de 1342, Carlos de Blois levantó el sitio de Hennebont, pero tomó fuertes posiciones en Aurai, en Vannes y en otras plazas importantes.

Dos nuevas expediciones inglesas desembarcaron durante el verano, figurando entre los jefes de las mismas Roberto de Artois, el cual fué gravemente herido delante de Vannes y murió pocos días después, siendo enterrado en Londres. Al fin llegó Eduardo III, á quien habían entretenido la entrada en Escocia de David Bruce y la guerra que de ello se había seguido. Como á todo esto había expirado la tregua pactada en Esplechín y renovada en Arrás, la guerra franco-inglesa comenzaba de nuevo en Bretaña. El rey de Inglaterra, que había desembarcado á fines de octubre con cerca de trece mil hombres, penetró hasta el corazón de Bretaña y fué á poner sitio á Vannes, en tanto que algunos destacamentos de su ejército atacaban Dinán, Rennes, Redón y Nantes.

A las órdenes del duque de Normandía habíase re-

unido un ejército en el Anjou y en el Maine, y en la segunda mitad de diciembre cincuenta mil hombres entraban en Bretaña, recuperaban Redón y Ploermel y llegaban á Vannes, que continuaba sitiada por Eduardo III. Entonces el rey de Francia se reunió con su hijo; las avanzadas de ambos ejércitos se tocaban, pero la estación era mala, «lloviendo día y noche tan copiosamente que era imposible alojarse en los campamentos.» Eduardo III se encontraba falto de hombres, de caballos, de dinero y de víveres, y por las costas hacían continuos cruceros las escuadras francesas.

Dos cardenales, enviados por el papa para reconciliar á los dos reyes, impusieron su intervención, firmándose con este motivo en Malestroit, en 19 de enero de 1343, una tregua de tres años. Montfort fué puesto en libertad bajo la condición de que no volvería á Bretaña, y el rey de Inglaterra regresó á su país llevando consigo á la condesa de Montfort y á su joven hijo.

La primera parte de la guerra de Bretaña, la más animada, quedaba concluida: Carlos de Blois conservaba Rennes y Nantes, la Bretaña francesa, y dominaba en la Alta Bretaña; los Montfort eran dueños del León, de Cornuailles y de casi toda la Baja Bretaña. Uno y otros conservarán, en general, estas posiciones hasta el final de la guerra, y los sitios, las escaramuzas, los combates singulares, se sucederán sin enlace y como al azar: «Parece que estamos en presencia de episodios aislados, tomados de una Ilíada desconocida, cuyo relato principal no se ha conservado (1).»

CAPÍTULO IV

CRECI Y CALAIS (2)

I. Fin de Artevelde.—II. Renovación de las hostilidades.
III. Creci.—IV. Calais.

I.—Fin de Artevelde (3)

Grandes cambios ocurrieron en la situación política durante las treguas. El conflicto entre Francia é Inglaterra, en vez de extenderse, como era de creer, se circunscribió á los dos reinos: el imperio retiróse de una lucha que ni le interesaba ni le reportaba provecho, pues las grandes incursiones de 1339 y 1340 nada habían producido, y los príncipes no habían podido saquear los ricos territorios de Francia; el emperador Luis de Baviera firmó la paz con Felipe obligándose á desposeer al rey de Inglaterra de la dignidad de vicario imperial y prometiendo, en cambio, el monarca francés tratar al emperador como aliado y reconciliarle con el papa. El día 15 de marzo de 1341 concertábase en Vincennes estas «estipulaciones,» y en 25 de abril del propio año se revocaba el vicariato general. Los arzobispos de Maguncia y de Tréveris siguieron el ejemplo del empera-

(1) De la Borderie, *Etudes bretonnes*, segunda serie, pág. 134.

(2) Véanse las fuentes y las obras indicadas en el precedente capítulo. Guesnon, *Documents inédits sur l'invasion anglaise*, «Bulletin historique et philologique,» 1897.

(3) OBRAS DE CONSULTA.—A. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1292 á 1378*, 1882. Acerca del fin de Artevelde véanse las obras indicadas en la página 409.

dor, y los duques de Brabante y de Güeldres y el marqués de Juliers prorrogaron gustosos sus treguas con el rey de Francia, de lo que se quejaron amargamente los ingleses.

En Flandes desaparece el más sólido apoyo de la alianza inglesa con la muerte de Jacobo van Artevelde, ocurrida á consecuencia de disturbios provocados ó á lo menos fomentados por la política del rey de Francia, quien encontró cómplices en las ambiciones y en los odios locales. Durante el período de calma de 1340 á 1344 habíanse despertado en el ducado las envidias y facciones locales. La dominación de Artevelde era dura, y el antiguo menestral vivía como un príncipe, rodeado de soldados y con gran ostentación; era amigo de reyes y de duques y había embellecido su palacio y casado á sus hijas con ricos señores. El bajo pueblo, sobre todo los tejedores, excitados por el decano del oficio, Gerardo Denis, que tendía á suplantarlo á Artevelde, le acusaban de dilapidar el dinero que recibía para los negocios de la comunidad. El conde de Flandes, Luis de Nevers, que había regresado á su país, hacía á los flamencos los ofrecimientos más tentadores, y el duque de Brabante intentaba adoctrinar á los diputados de las ciudades. Desde 1342 á 1345 reina la agitación en todas partes: los habitantes de Poperinghen y de Langenmark se sublevaron contra Gante é Ipres, estallando una guerra local; Termonde abre al conde sus puertas y se prepara una sublevación en Ardenburgo y en Andenarde. Un ciudadano de Gante acusó á Artevelde de exceso de poder y se insurreccionó con sus amigos; pero Artevelde disponía de las banderas de diez y seis oficios, y los magistrados intervinieron en la contienda, siendo los enemigos de aquél desterrados. La perturbación reinaba, sin embargo, en todo el país, y desde 1343, á consecuencia de la próxima renovación de las hostilidades, veíase nuevamente amenazado el comercio flamenco por el cierre de los mercados. En Gante, los bataneros organizaron una huelga y se batieron con los tejedores, pero fueron vencidos, pereciendo su decano y cincuenta de ellos en 2 de mayo de 1345, en la jornada del «lunes malo.»

Amenazado de esta suerte, Artevelde proyectó, según parece, la destitución del conde de Flandes y de su familia para dar el condado al príncipe de Gales, hijo de Eduardo III, lo cual constituía, dadas las ideas de la época, la mayor de las felonías. ¿Por qué despojar al hijo de Luis de Nevers? ¿Acaso no se educaba en Gante, entre los verdaderos flamencos que le vigilaban? Porque los flamencos «guardaban á Luis, el joven hijo del conde, y decían que lo alimentarían á su manera y que estaría mejor imbuído que su padre en las condiciones flamencas.»

Eduardo III llegó con una escuadra á la Esclusa en los primeros días de julio de 1345, para ponerse de acuerdo con Artevelde y quizás para protegerle; y allí fué á encontrarle éste y allí acudieron también los diputados de las ciudades. No se sabe lo que se habló en la gran nave real que Eduardo III no abandonó; pero cuando Artevelde regresó á Gante, encontró la población en extremo agitada. Señalábase la presencia de partidas inglesas en los alrededores, y esto ponía en gran inquietud al pueblo.

Por la noche, una multitud de tejedores dirigióse al

palacio de Artevelde, «y rodeando el edificio por delante y por detrás, demostraron que á la fuerza querían penetrar en él.» Artevelde salió á una ventana y los amotinados le ordenaron que bajase, á lo que aquél contestó: «Y si estuviese ahí, ¿qué querríais decirme?—Queremos, le replicaron, que nos des cuenta del gran tesoro de Flandes, que por espacio de siete años has tenido en tu poder y del cual has dispuesto á tu antojo, y que nos digas qué has hecho de él y dónde lo has puesto.» Artevelde los citó para tres días después, prometiéndoles que se explicaría delante de todo el pueblo; pero los asaltantes se negaron á concederle este plazo. Entonces les anunció que iba á bajar; pero en vez de presentarse en la calle trató de escapar por las caballerizas, á fin de refugiarse en el convento de los Menores, «en vista de lo cual armóse gran tumulto entre los revoltosos, quienes rompieron á viva fuerza las puertas, y arrollándolo todo llegaron al establo, en donde encontraron á Jacobo de Artevelde que se apercebía á montar á caballo y á escaparse. Inmediatamente se arrojaron sobre él, y (Thomas) Denis le dió el primer hachazo en la cabeza, dejándolo muerto.» Cuando Eduardo III tuvo noticia de aquel trágico suceso, se hizo de nuevo á la mar: la muerte de Artevelde era para él una pérdida muy grande.

II.—Renovación de las hostilidades (1)

Felipe VI nada hizo para evitar la renovación de las hostilidades: en aquel entonces mostrábase «hombre muy prematuro» y se dejaba «informar demasiado ligeramente,» dócil sobre todo á las pasiones de su mujer, la cual «hacía destruir á aquellos que iban contra su gusto.» Desde 1343 á 1345 se sucedieron los procesos y las ejecuciones. El señor de Clisson, rico barón de Bretaña que pertenecía al partido de Carlos de Blois, fué preso durante una justa que se celebró en París; vagamente acusado de traición, fué juzgado en forma altamente irregular y decapitado en las Halles en 2 de agosto de 1343, siendo expuesta su cabeza en las murallas de Nantes. Su esposa, Juana de Belleville, tomó entonces las armas é hizo en Bretaña la guerra contra el rey de Francia. Del mismo modo fueron detenidos y ejecutados en 29 de noviembre de 1343 varios caballeros y escuderos del partido de Montfort. Al año siguiente, otro bretón, Enrique de Malestroit, maestresala del rey, fué condenado y torturado en París. En Normandía, Godofredo de Harcourt, señor de San Salvador, «gran banar y de ilustre linaje,» hombre á la antigua, de espíritu muy feudal, violento y aventurero, fué perseguido por haber hecho guerra privada contra uno de sus vecinos á pesar de la formal prohibición del rey; decíase de él que quería proclamarse duque de Normandía bajo la soberanía feudal del rey de Inglaterra. Tres señores normandos, cómplices suyos, fueron condenados en 31 de marzo de 1344 y decapitados sin haber sido oídos. Godofredo de Harcourt había huído, en mayo de 1343, á sus tierras de Brabante; desterrado y privado de sus bienes, que fueron distribuidos entre otros, se pasó en 1345 al bando de Eduardo III y le prestó homenaje.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—De la Borderie, *Histoire de Bretagne*, III, 1899. Delisle, *Histoire du château et des sires de Saint-Sauveur-le-Vicomte*, 1867. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885.

Felipe VI y, después de él, su hijo y su nieto hubieron, al parecer, de temer siempre traiciones á las que daba pretexto la discusión de sus derechos á la corona, y así se explica, sin duda, la violencia de ciertos actos de los dos primeros Valois; mas sea de esto lo que fuere, las ejecuciones por Felipe VI decretadas tuvieron las más deplorables consecuencias. La tregua de Malesroit, de enero de 1343, había sido concertada por tres años, á pesar de lo cual, desde 1344, se renovaron en Bretaña las hostilidades. En la primavera del año siguiente, á ruegos del partido de Montfort, Eduardo III envió al conde de Northampton con un ejército. El cambio de opinión ocurrido en el ducado y la muerte de Juan de Montfort (26 de septiembre de 1345) en nada hicieron variar aquella lucha monótona y diseminada. Montfort dejó un hijo que el rey de Inglaterra se encargó de educar, mientras que Juana de Montfort, que al parecer se había vuelto loca, permanecía encerrada en un castillo de Yorkshire.

En Guiena, desde el comienzo de la guerra en 1337, los franceses se habían apoderado de una porción de plazas alrededor de Burdeos, dejando en ellas sus guarniciones. En el otoño de 1344, en previsión de la renovación próxima de las hostilidades, el duque de Normandía, primogénito del rey, recorrió el valle del Garona, organizó la defensa de las plazas fuertes y se esforzó en atraerse á la nobleza meridional. Por su parte Eduardo, renunciando á sus proyectos de invasión por el Norte, fijaba su atención en la Guiena, halagando á las ciudades y á los señores, felicitando á las municipalidades por su adhesión y renovando y aumentando sus privilegios. Los salarios de los hombres de armas se pagaban con regularidad á los señores gascones, ávidos siempre de dinero, y en los últimos meses de 1344 llegaban tropas y jefes de Inglaterra. El papa, viendo muy comprometida la paz, exhalaba lamentaciones inútiles, y en 26 de mayo de 1345 Eduardo III, pretextando los asuntos de Bretaña, anunció á Clemente VI que se había perdido toda esperanza de arreglo y que en represalias de injustas ejecuciones desafiaba formalmente á Felipe de Valois.

El conde de Derby, á quien Eduardo III confiara la dirección de la guerra de Guiena, desembarcó en Bayona en 25 de julio de 1345, y mientras sus arqueros batían á las tropas francesas, se apoderó de Bourg de Bergerac y de Auberoche. Quisieron los franceses recobrar esta última plaza, pero fueron derrotados con grandes pérdidas. Los ingleses, en pleno invierno, en el mes de diciembre, avanzaron hasta Angulema y penetraron en ella, apoderándose además, según dicen los historiadores compatriotas suyos, de cuarenta, cincuenta y hasta de doscientas cincuenta plazas fuertes.

Las operaciones, suspendidas en diciembre, continuaron activamente desde marzo de 1346. Los franceses hicieron entonces un gran esfuerzo: en Poitou **1346** reunióse un numeroso ejército á las órdenes del duque de Normandía, y más de cincuenta mil hombres fueron á sitiar á los ingleses en Aiguillon, plaza situada en la confluencia del Lot y del Garona. El cronista liejense, Juan *el Hermoso*, compara el ataque de esta plaza con los sitios más famosos descritos en las historias de Alejandro, de Carlomagno y de Godofredo de Bouillon; los sitiadores atacaron por el río y por tierra, dividieron

su ejército en cuatro cuerpos que se relevaban de manera que los ingleses no tuvieran un momento de reposo, y dispusieron grandes máquinas de guerra; pero todos estos esfuerzos fueron inútiles, pues el ejército del duque de Normandía se retiró sin haber logrado la más pequeña victoria al tener noticia de que Eduardo III invadía por la Normandía el reino. Antes de que aquel ejército se retirara, el conde de Derby había vuelto á tomar la ofensiva, entrando en Saintonge y en Poitou, «apoderándose de innumerables hombres y mujeres» y tomando «sin combate y sin trabajo» Saint-Jean de Angeli, Lusignán, Poitiers y Saint-Maixent, pues «todo el mundo huía á su paso.» Así pudo escribir á Inglaterra: «Tenemos buenas ciudades y castillos que se han rendido á nosotros; de modo que, á Dios gracias, hemos realizado una excursión hermosa.» Pero aun siendo muy afortunadas estas campañas, mayores ventajas todavía lograba Eduardo III en el Norte del reino.

III.—Crecy (1)

No era por el Norte por donde había resuelto atacar Eduardo III. El 7 de julio, mil embarcaciones reunidas en Portsmouth se habían hecho á la vela con rumbo á Burdeos, en donde el conde de Derby pedía tropas de refresco; pero el viento las había arrojado sobre la costa de Cornuailles y desde allí regresaron al punto de partida. Entonces Eduardo resolvió «tomar tierra donde Dios lo permitiera,» es decir, según indicaban los vientos, en las costas de la Mancha por el lado de Normandía. Froissart dice que ese maligno consejo se lo dió al rey Godofredo de Hartcourt.

La flota, que había salido el 11 de julio, llegó con tiempo hermoso el día siguiente delante de Saint-Vaast-la-Hougue. El ejército inglés era muy numeroso, elevándose según unas crónicas á veinticinco mil, y según otras, á sesenta mil; al desembarcar, arrolló á un cuerpo de tropas francesas que se hallaba en la playa y no encontró ninguna seria resistencia. «Las gentes de armas del país se habían retirado á los castillos y á las ciudades fuertes y las municipalidades de esta tierra se ponen por entero bajo la obediencia del rey nuestro señor,» escribía el obispo de Stratford. Después de un descanso de seis días, durante el cual llegaron las «vitualas,» púsose el ejército en marcha en tres «batallas.» Godofredo de Hartcourt era «el guía, conductor y gobernador de la hueste del rey Eduardo» al través de aquel fértil territorio, en donde la cosecha presentaba excelente aspecto. Los ingleses nada respetaban, y en Valognes, en Carentán y en Saint-Lo, «que tenía gran fabricación de paños y numerosos ciudadanos,» lo incendiaron casi todo.

El martes 20 de julio, Eduardo III llegó delante de Caén: la ciudad estaba llena de muy grande riqueza, de paños y mercancías de todas clases, de ricos ciudadanos, de nobles damas y de muy bellas iglesias.» Excepción hecha de Londres, no existía en Inglaterra ninguna ciudad tan hermosa y tan «grande.» Caén tenía un castillo, pero no una muralla completa, estando sólo en parte protegida por los canales del Odón y del Orne.

(1) OBRAS DE CONSULTA. — G. Köhler, *Die Entwicklung des Kriegswesens un der Kriegsführung in der Ritterzeit*, II, 1886. Wrotesley, *Crecy and Calais*, 1898.

